

Benito Pérez Galdós

# Zaragoza

Episodios Nacionales, 6  
Primera serie



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1976  
Tercera edición: 2015  
Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Sir David Wilkie: *La defensa de Zaragoza* (detalle). Royal Collection Trust, Reino Unido  
© ACI / Bridgeman Images  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-119-1  
Depósito legal: M. 21.364-2015  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Uno
12	Dos
20	Tres
24	Cuatro
30	Cinco
38	Seis
45	Siete
52	Ocho
58	Nueve
66	Diez
73	Once
77	Doce
89	Trece
93	Catorce
100	Quince
110	Dieciséis
119	Diecisiete
124	Dieciocho
133	Diecinueve
141	Veinte
145	Veintiuno
154	Veintidós
160	Veintitrés
166	Veinticuatro

173	Veinticinco
185	Veintiséis
195	Veintisiete
201	Veintiocho
208	Veintinueve
223	Treinta
229	Treinta y uno

## Uno

Me parece que fue al anochecer del 18 cuando avistamos a Zaragoza. Entrando por la Puerta de Sancho, oímos que daba las diez el reloj de la Torre Nueva. Nuestro estado era excesivamente lastimoso en lo tocante a vestido y alimento, porque las largas jornadas que habíamos hecho desde Lerma por Salas de los Infantes, Cervera, Ágreda, Tarazona y Borja, escalando montes, vadeando ríos, franqueando atajos y vericuetos hasta llegar al camino real de Gallur y Alagón, nos dejaron molidos, extenuados y enfermos de fatiga. Con todo, la alegría de vernos libres endulzaba todas nuestras penas.

Éramos cuatro los que habíamos logrado escapar entre Lerma y Cogollos, divorciando nuestras inocentes manos de la cuerda que enlazaba a tanto patriota. El día de la evasión reuníamos entre los cuatro un capital de once reales; pero después de tres días de marcha, y cuando entramos en

la metrópoli aragonesa, hízose un balance y arqueo de la caja social, y nuestras cuentas sólo arrojaron un activo de treinta y un cuartos. Compramos pan junto a la Escuela Pía, y nos lo distribuimos.

Don Roque, que era uno de los expedicionarios, tenía buenas relaciones en Zaragoza; pero aquella no era hora de presentarnos a nadie. Aplazamos para el día siguiente el buscar amigos, y como no podíamos alojarnos en una posada, discutimos por la ciudad, buscando un abrigo donde pasar la noche. Los portales del Mercado no nos parecían tener las comodidades y el sosiego que nuestros cansados cuerpos exigían. Visitamos la torre inclinada, y aunque alguno de mis compañeros propuso que nos guareciéramos al amor de su zócalo, yo opiné que allí estábamos como en campo raso. Sirvieron, sin embargo, de descanso aquel lugar, y también de refectorio para nuestra cena de pan seco, la cual despachamos alegremente, mirando de rato en rato la mole amenazadora, cuya desviación la asemeja a un gigante que se inclina para mirar quién anda a sus pies. A la claridad de la luna, aquel centinela de ladrillo proyecta sobre el cielo su enjuta figura, que no puede tenerse derecha. Corren las nubes por encima de su aguja, y el espectador que mira desde abajo se estremece de espanto, creyendo que las nubes están quietas y que la torre se le viene encima. Esta absurda fábrica, bajo cuyos pies ha cedido el suelo, cansado de soportarla, parece que se está siempre cayendo y nunca acaba de caer.

Recorrimos luego el Coso desde la Casa de los Gigantes hasta el Seminario; nos metimos por la calle Quemada y la del Rincón, ambas llenas de ruinas, hasta la plazuela de San Miguel, y de allí, pasando de callejón en callejón y atravesando al azar angostas e irregulares vías, nos encontramos junto a las ruinas del Monasterio de Santa Engracia, volado

por los franceses al levantar el primer sitio. Los cuatro lanzamos una misma exclamación que indicaba la conformidad de nuestros pensamientos. Habíamos encontrado un asilo y excelente alcoba donde pasar la noche.

La pared de la fachada continuaba en pie, con su pórtico de mármol poblado de innumerables figuras de santos, que permanecían enteros y tranquilos como si ignoraran la catástrofe. En el interior vimos arcos incompletos, machones colosales, irguiéndose aún entre los escombros, y que al destacarse negros y deformes sobre la claridad del espacio, semejaban criaturas absurdas, engendradas por una imaginación en delirio; vimos recortaduras, ángulos, huecos, laberintos, cavernas y otras mil obras de esa arquitectura del acaso trazado por el desplome. Había hasta pequeñas estancias abiertas entre los pedazos de la pared con un arte semejante al de las grutas en la Naturaleza. Los trozos de retablo, podridos a causa de la humedad, asomaban entre los restos de la bóveda, donde aún subsistía la roñosa polea que sirvió para suspender las lámparas, y precoces yerbas nacían entre las grietas de la madera y del ladrillo. Entre tanto destrozo había objetos completamente intactos, como algunos tubos del órgano y la reja de un confesonario. El techo se confundía con el suelo, y la torre mezclaba sus despojos con los del sepulcro. Al ver semejante aglomeración de escombros, tal multitud de trozos caídos sin perder completamente su antigua forma, las masas de ladrillo enyesado que se desmoronaban como objetos de azúcar, creíríase que los despojos del edificio no habían encontrado posición definitiva. La informe osamenta parecía palpitar aún con el estremecimiento de la voladura.

Don Roque nos dijo que bajo aquella iglesia había otra, donde se veneraban los huesos de los Santos Mártires de

Zaragoza; pero la entrada del subterráneo estaba obstruida. Profundo silencio reinaba allí; mas internándonos, oímos voces humanas que salían de aquellos antros misteriosos. La primera impresión que el escucharlas nos produjo fue como si hubieran aparecido las sombras de los dos famosos cronistas, de los mártires cristianos y de los patriotas sepultados bajo aquel polvo, y nos increparan por haber turbado su sueño. En el mismo instante, al resplandor de una llama que iluminó parte de la escena, distinguimos un grupo de personas que se abrigan unas contra otras en el hueco formado entre dos machones derruidos. Eran mendigos de Zaragoza que se habían arreglado un palacio en aquel sitio, resguardándose de la lluvia con vigas y esteras. También nosotros nos pudimos acomodar por otro lado, y tapándonos con manta y media, llamamos al sueño. Don Roque me decía así:

—Yo conozco a don José de Montoria, uno de los labradores más ricos de Zaragoza. Ambos somos hijos de Mequinenza, fuimos juntos a la escuela y juntos jugábamos al truco en el altillo del Corregidor. Aunque hace treinta años que no le veo, creo que nos recibirá bien. Como buen aragonés, todo él es corazón. Le veremos, muchachos; veremos a ese don José de Montoria... Yo también tengo sangre de Montoria por la línea materna. Nos presentaremos a él; le diremos...

Durmiose don Roque y también me dormí.

## Dos

El lecho en que yacíamos no convidaba por sus blanduras a dormir perezosamente la mañana; antes bien, colchón de guijarros hace buenos madrugadores. Despertamos, pues,



con el día, y como no teníamos que entretenernos en melindres de tocador, bien pronto estuvimos en disposición de salir a hacer nuestras visitas. A los cuatro nos ocurrió simultáneamente la idea de que sería muy bueno desayunarnos; pero al punto convinimos, con igual unanimidad, en que no era posible por carecer de los fondos indispensables para tan alta empresa.

—No os acobardéis, muchachos —dijo don Roque—, que al punto os he de llevar a todos a casa de mi amigo, el cual nos amparará.

Cuando esto decía, vimos salir a dos hombres y una mujer de los que fueron durante la noche nuestros compañeros de posada, y parecían gente habituada a dormir en aquel lugar. Uno de ellos era un infeliz lisiado, un hombre que acababa en las rodillas y se ponía en movimiento con ayuda de muletas o bien andando a cuatro remos, viejo, de rostro jovial y muy tostado por el sol. Como nos saludara afablemente al pasar, dándonos los buenos días, don Roque le preguntó hacia qué parte de la ciudad caía la casa de don José de Montoria, oyendo lo cual repuso el cojo:

—¿Don José de Montoria? Le conozco más que a las niñas de mis ojos. Hace veinte años vivía en la calle de la Albartería; después se mudó a la de la Parra; después... Pero *ustedes* son forasteros por lo que veo.

—Sí, buen amigo: forasteros somos, y venimos a afiliarnos en el ejército de esta valiente ciudad.

—¿De modo que no estaban *ustedes* aquí el 4 de agosto?

—No, amigo —le respondí—; no hemos presenciado ese gran hecho de armas.

—¿Ni tampoco vieron la batalla de las Eras? —preguntó el mendigo sentándose frente a nosotros.

—Tampoco hemos tenido esa felicidad.

–Pues allí estuvo don José de Montoria; fue de los que llevaron arrastrando el cañón hasta enfilarlo... pues. Veo que *ustés* no han visto nada. ¿De qué parte del mundo vienen *ustés*?

–De Madrid –dijo don Roque–. ¿Conque usted nos podrá decir dónde vive mi gran amigo don José?

–¡Pues no he de poder, hombre, pues no he de poder! –repuso el cojo sacando un mendrugo para desayunarse–. De la calle de la Parra se mudó a la de Enmedio. Ya saben *ustés* que todas las casas volaron..., pues. Allí estaba Esteban López, soldado de la 10.<sup>a</sup> compañía del 1.<sup>er</sup> tercio de voluntarios de «Aragón», y él solo con cuarenta hombres hizo retirar a los franceses.

–¡Eso sí que es cosa admirable! –dijo don Roque.

–Pero si no han visto *ustés* lo del 4 de agosto, no han visto nada –continuó el mendigo–. Yo vi también lo del 4 de junio, porque me fui arrastrando por la calle de la Paja, y vi a la *artillera* cuando dio fuego al cañón de 24.

–Ya, ya tenemos noticia del heroísmo de esa insigne mujer –manifestó con Roque–. Pero si usted nos quisiera decir...

–Pues sí: don José de Montoria es muy amigo del comerciante don Andrés Guspide, que el 4 de agosto estuvo haciendo fuego desde la visera del Callejón de la Torre del Pino, y por allí llovían granadas, balas, metralla, y mi don Andrés fijo como un poste. Más de cien muertos había a su lado, y él solo mató cincuenta franceses.

–Gran hombre es ése; ¿y es amigo de mi amigo?

–Sí, señor –respondió el cojo–. Y ambos son los mejores caballeros de Zaragoza, y me dan limosna todos los sábados. Porque han de saber *ustés* que yo soy Pepe Pallejas, y me llaman por mal nombre *Sursum Corda*, pues como fui hace veintinueve años sacristán de Jesús, y cantaba...; pero

esto no viene al caso, y prosigo diciendo que yo soy *Sursum Corda*, y *pué* que hayan *ustés* oído hablar de mí en Madrid.

–Sí –dijo don Roque, cediendo a un impulso de generosidad–; me parece que allá he oído nombrar al señor de *Sursum Corda*. ¿No es verdad, muchachos?

–Pues ello... –prosiguió el mendigo–. Y sepan también que antes del sitio yo pedía limosna en la puerta de este Monasterio de Santa Engracia, volado por los bandidos el 13 de agosto. Ahora pido en la Puerta de Jerusalén, donde me podrán hallar siempre que gusten... Pues como iba diciendo, el día 4 de agosto estaba yo aquí, y vi salir de la iglesia a Francisco Quilez, sargento primero de la 1.<sup>a</sup> compañía del 1.<sup>er</sup> batallón de fusileros, el cual ya saben *ustés* que fue el que con treinta y cinco hombres echó a los bandidos del convento de la Encarnación... Veo que se asombran *ustés*...; ya. Pues en la huerta de Santa Engracia, aquí detrás, murió el subteniente don Miguel Gila. Lo menos había doscientos cadáveres en la tal huerta, y allí perniquebraron a don Felipe San Clemente y Romé, comerciante de Zaragoza. Verdad es que si no hubiera estado presente don Miguel Salamero... ¿*Ustés* no saben nada de esto?

–No, amigo y señor mío –dijo don Roque–; nada de esto sabemos, y aunque tenemos el mayor gusto en que usted nos cuente tantas maravillas, lo que ahora más nos importa saber es dónde encontraremos al don José, mi antiguo amigo, porque padecemos los cuatro de un mal que llaman hambre, y que no se cura oyendo contar hechos sublimes.

–Ahora mismo los llevaré a donde quieren ir –repuso *Sursum Corda*, después de ofrecernos parte de sus menudugos–. Pero antes les quiero decir una cosa, y es que si don Mariano Cereso no hubiera defendido la Aljafería como la defendió, nada se habría hecho en el Portillo. ¡Y

que es hombre de mantequillas en gracia de Dios el tal don Mariano Cereso! En la del 4 de agosto andaba por las calles con su espada y rodela antigua, y daba miedo verle. Esto de Santa Engracia parecía un horno, señores. Las bombas y las granadas llovían; pero los patriotas no les hacían más caso que si fueran gotas de agua. Una buena parte del convento se desplomó; las casas temblaban, y todo esto que estamos viendo parecía un barrio de naipes, según la prontitud con que se incendiaba y se desmoronaba. Fuego en las ventanas, fuego arriba, fuego abajo, los franceses caían como moscas, señores, y a los zaragozanos lo mismo les daba morir que nada. Don Antonio Quadros embocó por allí, y cuando miró a las baterías francesas, se las quería comer. Los bandidos tenían sesenta cañones echando fuego sobre estas paredes. ¿Ustés no lo vieron? Pues yo sí, y los pedazos de ladrillo de las tapias y la tierra de los parapetos salpicaban como miajas de un bollo. Pero los muertos servían de parapeto, y muertos arriba, muertos abajo, aquello era una montaña. Don Antonio Quadros echaba llamas por los ojos. Los muchachos hacían fuego sin parar: su alma era toda balas. ¿Ustés no lo vieron? Pero yo sí, y las baterías francesas se quedaban limpias de artilleros. Cuando vio que un cañón enemigo había quedado sin gente, el comandante gritó: «¡Una charretera al que clave aquel cañón!», y Pepillo Ruiz echa a andar como quien pasea por un jardín entre mariposas y flores de mayo; sólo que aquí las mariposas eran balas, y las flores bombas. Pepillo Ruiz clava el cañón y se vuelve riendo. Pero *velay* que otro pedazo de convento se viene al suelo. El que fue aplastado, aplastado quedó. Don Antonio Quadros dijo que aquello no importaba nada, y viendo que la artillería de los bandidos había abierto un gran boquete en el muro, fue a taparlo él mismo con una

saca de lana. Entonces una bala le dio en la cabeza. Retiraronle aquí; dijo que tampoco aquello era nada, y expiró.

—¡Oh! —dijo don Roque con impaciencia—. Estamos encantados, señor Sursum Corda, y el más puro patriotismo nos inflama al oírle contar a usted tan grandes hazañas; pero si usted nos quisiera decir dónde...

—Hombre de Dios —contestó el mendigo—, ¿pues no se lo he de decir? Si lo que más sé y lo que más visto tengo en mi vida es la casa de don José de Montoría. Como que está cerca de San Pablo. ¡Oh! ¿Ustés no vieron lo del hospital? Pues yo sí; allí caían las bombas como el granizo. Los enfermos, viendo que los techos se les venían encima, se arrojaban por las ventanas a la calle. Otros se iban arrastrando y rodaban por las escaleras. Ardían los tabiques; oíanse lamentos, y los locos mugían en sus jaulas como fieras rabiosas. Otros se escaparon y andaban por los claustros riendo, bailando y haciendo mil gestos graciosos que daban espanto. Algunos salieron a la calle como en día de Carnaval, y uno se subió a la cruz del Coso, donde se puso a sermonear, diciendo que él era el Ebro, y que anegando la ciudad iba a sofocar el fuego. Las mujeres corrían a socorrer a los enfermos, y todos eran llevados al Pilar y a la Seo. No se podía andar por la calles. La Torre Nueva hacía señales para que se supiera cuándo venía una bomba; pero el griterío de la gente no dejaba oír las campanas. Los franceses avanzan por la calle de Santa Engracia; se apoderan del hospital y del Convento de San Francisco; empieza la guerra en el Coso y en las calles de por allí. Don Santiago Sas, don Mariano Cereso, don Lorenzo Calvo, don Marcos Simonó, Renovales, el albéitar Martín Albantos, Vicente Codé, don Vicente Marraco y otros atacan a los franceses a pecho descubierto; y detrás de una barricada hecha por ella mis-

ma, los aguarda llena de furor y fusil en mano, la condesa de Bureta.

–¡Cómo! ¿Una mujer, una condesa –preguntó con entusiasmo don Roque–, levantaba barricadas y apuntaba fusiles?

–¿Ustés no lo sabían? –dijo Sursum–. ¿Pues en dónde viven *ustés*? La señora Consolación Azlor y Villavicencio, que vive allá junto al *Ecce Homo*, andaba por las calles, y a los desanimados les decía mil lindezas, y luego, haciendo cerrar la entrada de la calle, se puso al frente de una partida de paisanos, gritando: «¡Aquí moriremos todos antes que dejarnos pasar!».

–¡Oh, cuánta sublimidad! –exclamó don Roque bostezando de hambre–. ¡Y cuánto me agradecería oír contar hazañas de esa naturaleza con el estómago lleno! Conque decía usted que la casa de don José cae hacia...

–Hacia allá –repuso el cojo–. Ya saben *ustés* que los enemigos se enredaron y se atascaron en el Arco de Cineja. ¡Virgen mía del Pilar! Aquello era matar franceses; lo demás es aire. En la calle de la Parra, en la plazuela de Estrevedes, en la calle de los Urreas, en la de Santa Fe y en la del Azoque, los paisanos despedazaban a los franceses. Todavía me zumbaba en las orejas el cañoneo, el gritar de aquel día. Los gabachos quemaban las casas que no podían defender, y los zaragozanos hacían lo mismo. Fuego por todos lados... Hombres, mujeres, chiquillos..., basta tener dos manos, para trabajar contra el enemigo. ¿Ustés no lo vieron? Pues no han visto nada. Pues como les iba diciendo, aquel día salió Palafoz de Zaragoza para...

–Basta, amigo mío –dijo don Roque, perdiendo la paciencia–; estamos encantados con su conversación; pero si no nos guía al instante a casa de mi paisano o nos indica cómo podemos encontrar su casa, nos iremos solos.

–Al instante, señores, no apurarse –replicó Sursum Corda, echando a andar delante de nosotros con toda la agilidad de sus muletas–. Vamos allá, vamos con mil mores. ¿Ven *ustés* esta casa? Pues aquí vive Antonio Laste, sargento primero de la compañía del 4.º tercio, y ya sabrán que salvó de la Tesorería los 16.400 pesos, y quitó a los franceses la cera que habían robado.

–Adelante, adelante, amigo –dijo, viendo que el incansable hablador se detenía para contar de un modo minucioso las hazañas de Antonio Laste.

–Ya pronto llegaremos –repuso Sursum–. Por aquí iba yo en la mañana del 1.º de julio, cuando encontré a Hilario Lafuente, cabo primero de la compañía de escopeteros del presbítero Sas, y me dijo: «Hoy van a atacar el Portillo». Entonces yo me fui a ver lo que había y...

–Ya estamos enterados de todo –le indicó don Roque–. Vamos aprisa, y después hablaremos.

–Esta casa que ven *ustés* toda quemada y hecha escombros –agregó el cojo volviendo una esquina– es la que ardió el día 4, cuando don Francisco Ipas, subteniente de la 2.<sup>a</sup> compañía de escopeteros de la parroquia de San Pablo, se puso aquí con un cañón, y luego...

–Ya sabemos lo demás, buen hombre –dijo don Roque–. Adelante, y más deprisa.

–Pero mucho mejor fue lo que hizo Codé, labrador de la parroquia de la Magdalena, con el cañón de la calle de la Parra –continuó el mendigo, deteniéndose otra vez–. Pues al ir a disparar, los franceses se echan encima; huyen todos; pero Codé se mete debajo del cañón; pasan los franceses sin verle, y después, ayudado de una vieja que le dio una cuerda, arrastra la pieza hasta la bocacalle. Vengan *ustés* y les enseñaré.

—No, no queremos ver nada; adelante, adelante en nuestro camino.

Tanto le azuzamos y con tanta obstinación cerramos nuestros oídos a sus historias, que al fin, aunque muy despacio, nos llevó por el Coso y el Mercado a la calle de la Hilarza, donde la persona a quien queríamos ver tenía su casa.

## Tres

Pero, ¡ay!, don José de Montoria no estaba en ella, y nos fue preciso buscarle en los alrededores de la ciudad. Dos de mis compañeros, aburridos de tantas idas y venidas, se separaron de nosotros, aspirando a buscar con su propia iniciativa un acomodo militar o civil. Nos quedamos solos don Roque y un servidor, y así emprendimos con más desembarazo el viaje a la torre de nuestro amigo (llaman en Zaragoza *torres* a las casas de campo), situada a poniente, lindando con el camino de Muela y a poca distancia de la Bernardona. Un paseo tan largo a pie y en ayunas no era lo más satisfactorio para nuestros fatigados cuerpos; pero la necesidad nos obligaba a tan inoportuno ejercicio, y por bien servidos nos dimos encontrando al deseado zaragozano y siendo objeto de su cordial hospitalidad.

Ocupábase Montoria, cuando llegamos, en talar los frondosos olivos de su finca, porque así lo exigía el plan de obras de defensa establecido por los jefes facultativos ante la inminencia de un segundo sitio. Y no era sólo nuestro amigo el que por sus propias manos destruía sin piedad la hacienda heredada; todos los propietarios de los alrededores se ocupaban en la misma faena, y presidían los devastadores trabajos con tanta tranquilidad como si fuera un riego, un replanteo o una vendimia. Montoria nos dijo:



—En el primer sitio talé la heredad que tengo al lado allá de la Huerva; pero este segundo asedio que se nos prepara dicen que será más terrible que aquél, a juzgar por el gran aparato de tropas que traen los franceses.

Contámosle la capitulación de Madrid, lo cual pareció causarle mucha pesadumbre; y como elogiáramos con exclamaciones hiperbólicas las ocurrencias de Zaragoza desde el 15 de junio al 14 de agosto, encogióse de hombros y contestó:

—Se ha hecho todo lo que se ha podido.

Acto continuo, don Roque pasó a hacer elogios de mi personalidad, militar y civilmente considerada, y de tal modo se le fue la mano en este capítulo, que me hizo sonrojar, mayormente considerando que algunas de sus afirmaciones eran estupendas mentiras. Díjole primero que yo pertenecía a una de las más alcurniadas familias de *la baja Andalucía en tierra de Doñana*, y que había asistido al glorioso combate de Trafalgar en clase de guardia marina. Le dijo también que la Junta me había concedido un destino en el Perú, y que durante el sitio de Madrid había hecho prodigios de valor en la Puerta de los Pozos, siendo tanto mi ardimiento, que los franceses, después de la rendición, creyeron conveniente deshacerse de tan terrible enemigo enviándome con otros patriotas a Francia. Añadió que mis ingeniosas invenciones habían proporcionado la fuga a los cuatro compañeros refugiados en Zaragoza, y puso fin a su panegírico asegurando que por mis cualidades personales era yo acreedor a las mayores distinciones.

Montoría, en tanto, me examinaba de pies a cabeza, y si llamaba su atención mi mal traer y las feas roturas de mi vestido, también debió advertir que éste era de los que usan las personas de calidad, revelando su finura, buen corte y

aristocrático origen en medio de la multiplicidad abrumadora de sus desperfectos. Luego que me examinó, me dijo:

—¡Porra! No le podré afiliar a usted en la 3.<sup>a</sup> escuadra de la compañía de escopeteros de don Santiago Sas, de cuya compañía soy capitán; pero entrará en el cuerpo en que está mi hijo; y si no quiere usted, largo de Zaragoza, que aquí no admitimos gente haragana. Y usted, don Roque, amigo mío, puesto que no está para coger el fusil, ¡porra!, le haremos practicante en los hospitales del Ejército.

Luego que esto oyó don Roque, expuso por medio de circunlocuciones retóricas y de graciosas elipsis la gran necesidad en que nos encontrábamos y lo bien que recibiríamos sendas magras y un par de panes cada uno. Entonces vimos que frunció el ceño el gran Montoria, mirándonos de un modo severo, lo cual nos hizo temblar, y parecieron que íbamos a ser despedidos por la osadía de pedir de comer. Balbucimos tímidas excusas, y entonces nuestro protector, con rostro encendido, nos habló así:

—¿Conque tienen hambre? ¡Porra, váyanse al demonio con cien mil pares de porras! ¿Y por qué no lo habían dicho? ¿Conque yo soy hombre capaz de consentir que los amigos tengan hambre, porra? Sepan que no me faltan diez docenas de jamones colgados en el techo de la despensa, ni veinte cubas de lo añejo, sí, señor; y tener hambre y no decírmelo en mi cara sin retruécanos es ofender a un hombre como yo. ¡Ea!, muchachos, entrad adentro y mandad que frían obra de cuatro libras de lomo, y que estrellen dos docenas de huevos, y que maten seis gallinas, y saquen de la cueva siete jarros de vino, que yo también quiero almorzar. Vengan todos los vecinos, los trabajadores y mis hijos, si están por ahí. Y ustedes, señores, prepárense a hacer penitencia conmigo. ¡Nada de melindres, porra! Comerán de lo

que hay, sin dengues ni boberías. Aquí no se usan cumplidos. Usted, señor don Roque, y usted, señor de Araceli, están en su casa hoy y mañana y siempre, ¡porra! José de Montoria es muy amigo de los amigos. Todo lo que tiene es de los amigos.

La ruda generosidad de aquel insigne varón nos tenía anonadados. Como recibiera muy mal los cumplimientos, resolvimos dejar a un lado el formulario artificioso de la Corte, y vierais allí cómo la llaneza más primitiva reinó durante el almuerzo.

—Qué, ¿no come usted más? —me dijo don José—. Me parece que es usted un boquirrubio que se anda con enjuague y finuras. A mí no me gusta eso, caballero; me parece que me voy a enfadar y tendré que pegar palos para hacerle comer. Ea, despache usted ese vaso de vino. ¿Acaso es mejor el de la Corte? Ni a cien leguas. Conque, ¡porra!, beba usted, ¡porra!, o nos veremos las caras.

Esto fue causa de que comiera y bebiera mucho más de lo que en mi cuerpo cabía; pero había que corresponder a la generosa franqueza de Montoria, y no era cosa de que por una indigestión más o menos se perdiera tan buena amistad.

Después del almuerzo siguieron los trabajos de tala, y el rico labrador los dirigía como si fuera una fiesta.

—Veremos —decía— si esta vez se atreven a atacar el castillo. ¿No ha visto usted las obras que hemos hecho? Menudo trabajo van a tener. Yo he dado doscientas sacas de lana, una friolera, y daré hasta el último mendrugo.

Cuando nos retirábamos a la ciudad, llevamos Montoria a examinar las obras defensivas que a la sazón se estaban construyendo en aquella parte occidental. Había en la puerta del Portillo una gran batería semicircular, que enla-

zaba las tapias del Convento de los Fecetas con las del de Agustinos Descalzos. Desde este edificio al de Trinitarios corría otra muralla recta, aspillerada en toda su extensión, y con un buen reducto en el centro, todo resguardado por profundo foso, que se abría hacia el famoso campo de las Eras o del Sepulcro, teatro de la heroica jornada del 15 de junio. Más al norte, y hacia la Puerta de Sancho, que da paso al Pretil del Ebro, seguían las fortificaciones, terminando en otro baluarte. Todas estas obras, como hechas aprisa, aunque con inteligencia, no se distinguían por su solidez. Cualquier general enemigo, ignorante de los acontecimientos del primer sitio y de la inmensa estatura moral de los zaragozanos al ponerse detrás de aquellos montones de tierra, se habría reído de fortificaciones tan despreciables para un buen material de sitio; pero Dios ha dispuesto que alguien escape de vez en cuando a las leyes físicas establecidas por la guerra. Zaragoza, comparada con Amberes, Dantzic, Metz, Sebastopol, Cartagena, Gibraltar y otras célebres plazas fuertes, tomadas o no, era entonces una fortaleza de cartón. Y, sin embargo...

## Cuatro

En su casa, Montoria se enfadó otra vez con don Roque y conmigo porque no quisimos admitir el dinero que nos ofrecía para nuestros primeros gastos en la ciudad; y aquí se repitieron los puñetazos en la mesa y la lluvia de *porras* y otras palabras que no cito; pero al fin llegamos a una transacción honrosa para ambas partes. Y ahora caigo en que me ocupo demasiado de hombre tan singular sin haber anticipado algunas observaciones acerca de su persona. Era

don José un hombre de sesenta años, fuerte, colorado, rebotando salud, bienestar, contento de sí mismo, conformidad con la suerte y conciencia tranquila. Lo que le sobraba en patriarcales virtudes y en costumbres ejemplares y pacíficas (si es que esto puede estar de sobra en algún caso), le faltaba en educación; es decir, en aquella educación atildada que entonces empezaban a recibir algunos hijos de familias ricas. Don José no conocía los artificios de la etiqueta, y por carácter y por costumbre era refractario a la mentira discreta y a los amables embustes que constituyen la base fundamental de la cortesía. Como él llevaba siempre el corazón en la mano, quería que asimismo lo llevaran los demás, y su bondad salvaje no toleraba las coqueterías frecuentemente falaces de la conversación fina. En los momentos de enojo era impetuoso y dejábase arrastrar a muy violentos extremos, de que, por lo general, se arrepentía más tarde.

En él no había disimulo, y tenía las grandes virtudes cristianas en crudo y sin pulimento, como un macizo canto del más hermoso mármol, donde el cincel no ha trazado una raya siquiera. Era preciso saberlo entender, cediendo a sus excentricidades, si bien en rigor no debe llamarse excéntrico el que tanto se parecía a la generalidad de sus paisanos. No ocultar jamás lo que sentía era su norte, y si bien esto le ocasionaba algunas molestias en el curso de la vida ordinaria y en asuntos de poca monta, era un tesoro inapreciable siempre que se tratase con él un negocio grave, porque, puesta a la vista toda su alma, no había que temer malicia alguna. Perdonaba las ofensas, agradecía los beneficios y daba gran parte de sus cuantiosos bienes a los menesterosos.

Vestía con aseo; comía abundantemente, ayunando con todo escrúpulo la Cuaresma entera, y amaba a la Virgen del Pilar con fanático amor de familia. Su lenguaje no era, se-